Las organizaciones obreras no pueden estar representadas por los partidos políticos

Que sean los propios partidos políticos quienes sostengan aquello que favorece sus aspiraciones, es lógico dentro del juego normal en el desarrollo de las pugnas partidistas de todos los tiempos. De ahí que una vez superadas las condiciones primeras de la guerra antifascista, una vez desplazadas, con procedimientos por todos conocidos, las entidades sindicales de la dirección de la vida nacional, los partidos hayan recuperado sus bríos clásicos, y resucitado los conceptos que la Revolución de julio pareció desvalorizar por completo. Y cuando afirman que son los partidos políticos los llamados a ser exclusivos participantes en la dirección del país, aun cuando al sostener esta tesis están absolutamente alejados de las exigencias reales de nuestra lucha, no hacen sino sacar a la superficie lo que siempre les hizo despreciar a las fuerzas auténticas del pueblo que estaban concentradas en los Sindicatos proletarios.

Para afirmar lo que se dice ahora con todo desparpajo al señalar a las organizaciones sindicales que tienen funciones específicas que cumplir, y al comparar los hechos ocurridos en otras revoluciones, se parte de una mala fe bien visible, falseando en absoluto la realidad histórica y saltando por encima de las especiales características de España y de las fuerzas que intervienen en la guerra y la Revolución. Decir que a los partidos políticos corresponde dirigir los destinos del país, no es más que traducir al lenguaje elástico de la política y de los políticos lo que los trabajadores españoles no pueden tolerar después de haber realizado y cuando están haciendo tantos sacrificios por la victoria de nuestra causa revolucionaria. Significa nada menos que imponer al proletariado como en las etapas anteriores al 18 de julio, la dirección de partidos que van sucediéndose en el Poder, según las alternativas de sus victorias y derrotas en el terreno proselitista. Significa montar a espaldas de las masas proletarias, el engranaje dictatorial de gobiernos partidistas que se proclaman a sí mismos los únicos poseedores de la verdad, los exclusivos gobernantes de la victoria, aunque los hechos vengan diciendo todo lo contrario.

Hay una verdad elemental que destruye de un golpe todos los sofismas que vienen saliendo a luz desde los centros directivos de los partidos políticos que persisten en inyectar vida a una fórmula inadecuada a las presentes circunstancias, como es la del Frente Popular exclusivamente político. Y esta verdad, que también sostienen los paladines de la política anterior a la Revolución, que sostienen para que no se descubra a simple vista lo falso de sus consignas y soluciones, basta y sobra para acusar en esta hora gravísima que vivimos, a los enemigos de la unidad que de la unidad en forma de consignas se valen para desarrollar planes hegemónicos y divisionistas. LAS ORGANIZACIONES OBRERAS CONSTITUYEN EN ESPAÑA LAS FUERZAS ANTIFASCISTAS DE MAS POTENCIALIDAD Y DE MAS INFLUENCIA EN LA GUERRA Y EN EL PROCESO REVOLUCIONARIO; y si es posible suponer a las organizaciones obreras solas al frente de la guerra y de la economía nacional, por las propias funciones que desempeñan, absurdo es suponer factible la unidad antifascista sin la participación activa y de primer plano de los Sindicatos proletarios. El argumento de que los partidos políticos están llamados a regir por sí solos los destinos del país, es una salida ridícula que no convence a nadie. El proletariado español sabe perfectamente que los partidos no pueden representarlo. Y muy particularmente, recuerdan a los olvidadizos cultores de la política pasatista que se pretende resucitar, que en España hay un movimiento libertario que en el triángulo de sus organizaciones confederal, específica y juvenil, agrupan a millones de trabajadores que no están enrolados —pueden estar de ello seguríssimos— en ninguno de los partidos que tienen alguna beligerancia en la vida del país. Y a menos que no se quiera forzar a esos millones de proletarios a aceptar por fuerza la tutela partidista de este o aquél color, nadie puede ser tan audaz que niegue la evidencia: los obreros revolucionarios de los Sindicatos, no están ni estarán nunca representados por los partidos políticos.

Que lo digan los propios partidos, decíamos, es lógico dentro de lo que de lógico puede haber en la marcha de la política clásica, de esa política que gira en torno a la conquista de posiciones gubernamentales. Pero que sea una organización obrera, o más exactamente, un organismo directivo de una organización sindical quien lo afirme públicamente en el mismo lenguaje de los partidos ya conocidos, es algo que debe llamar la atención de los trabajadores que pertenecen a dicha organización y que están, por tanto, bajo la dirección de aquel organismo.

En oportunidad de la crisis del Gobierno en Cataluña, cuando se produjo el desplazamiento de la C. N. T. del Consejo de la Generalidad, ya tuvimos ocasión de señalar la posición adoptada por los elementos directivos de la U. G. T. catalana, visiblemente pertenecientes a un partido político, y precisamente al partido que, según el Comité ugetista, representaba y podía representar a todos los trabajadores de su organización. Entonces se vió en toda su diafanidad qué era y qué política hacía una organización dirigida por políticos fieles a las consignas de su partido. Ahora, y pasando por alto afirmaciones sostenidas individualmente por dirigentes de los partidos Socialista y Comunista en la tribuna pública en el mismo sentido, tenemos a la vista la reciente declaración del Comité Nacional de la nueva Ejecutiva de la U. G. T., cuya dirección ejerce González Peña, que pone de manifiesto una lamentable ofuscación del sector que produjo la escisión en la Unión General de Trabajadores.

Efectivamente, se afirma que corresponde a los partidos políticos gobernar al país y a las organizaciones obreras otras funciones específicas. Y estamos así ante un fenómeno cuyas graves derivaciones para el proletariado no pueden dejarse de tomar en consideración. Corresponde a los trabajadores de la U. G. T. pesar bien el alcance de las declaraciones de esa índole. Si bien actitudes como las que comentamos no hacen sino confirmar el predominio de la política de los partidos o de las fracciones a que pertenecen quienes están al frente de la Ejecutiva de González Peña, cuando se consigna, de manera tan categórica, la anulación de un derecho vital de la propia organización obrera, bueno es que sean los obreros mismos quienes digan su palabra definitiva. Porque son ellos quienes pueden ser llevados tras el carro de intereses que nada tienen que ver con los suyos, como proletarios, como productores.

¡Los partidos políticos representando a las organizaciones obreras! He aquí a lo que se llega cuando todo el horror de una guerra a muerte por la libertad no es capaz de acallar las ambiciones partidistas. He aquí el invento poco feliz de los propios políticos que quieren así burlar las imperiosas exigencias del momento que imponen la suma inmediata de todas las fuerzas antifascistas —partidos políticos y organizaciones sindicales— con igualdad de deberes y derechos en la dirección de la guerra y de la vida económica y política de esta España en la que vamos serán todos los intentos de ahogar las ansias de libertad de un pueblo capaz de todo por defenderla. Contra todos sus enemigos.

Ni la C. N. T. ni la U. G. T. pueden renunciar a algo que el 19 de julio y 16 meses de lucha han legitimado. Su derecho a intervenir, como únicas representantes de los productores de la ciudad y del campo, en la dirección de España en todos sus aspectos: guerra, economía, política, etc.

Y la C. N. T., libertaria, más que nadie, reivindica para sí el honor de no poder ser representada en ningún sitio y momento, sino por sí misma, a través de los acuerdos de los millones de obreros y campesinos que une en sus cuadros sindicales.

Basta de fórmulas engañosas. Dígase bien claro que se quiere imponer la hegemonía de los partidos políticos a las masas proletarias. Estas no exigen para sus organizaciones la exclusividad en la dirección de la guerra y de la economía nacional. No plantean, como quieren hacerlo creer los interesados en desprestigiar a los Sindicatos, el dilema: Partidos o Sindicatos, no. Exigen lo que urge realizar, para bien de todos: que organizaciones sindicales y partidos antifascistas sumen sus esfuerzos, realizando una acción conjunta, en base a un programa común, para ganar la guerra, dando solidez al verdadero bloque de granito de la unidad: el Frente Antifascista.

Ante actitudes que denuncian los fines antiproletarios que señalamos, tomen nota los trabajadores. Que nadie se llame a engaño ante los pasos de los políticos a que aludimos.

EL HOMENAJE A DURRUTI, EN EL PRIMERO DE JULIO

EMILIENNE MORIN
Compañera de Durruti

ESCRIBIO SU MENSAJE:

A mi gran ausente,
A mi gran desaparecido:

En medio de esta inmensa multitud que llora sinceramente tu muerte, me siento menos sola, y esta grandiosa manifestación de simpatía — de adoración, más bien — me da el valor necesario para sobrevivirte.

Ningún orgullo dicta estas palabras; la gloria, como a ti, me fué siempre indiferente, y en la soledad, he de cultivar tu recuerdo.

Hasta la victoria final daré a la lucha antifascista mis modestos esfuerzos. He de cumplir también otra misión: la de educar dignamente a nuestra pequeña Colette, tu hija, de la que tan orgulloso estabas. Mi única ambición es hacer de ella una militante que se te parezca tanto en el espíritu como en los rasgos físicos; tú has dejado a la humanidad un poco de tu carne y de tu sangre: nuestra Colette es una viva reproducción de tu faz enérgica y buena. Ante tu pobre cuerpo descompuesto, que quise contemplar por última vez, me prometí solemnemente a mi misma sobreponerme a mi dolor e inculcar a nuestra hija la energía indomable y la nobleza ingenua que presidieron toda tu vida. Hacer de nuestra Colette una verdadera DURRUTI, digna de tu estirpe espiritual, será toda la ilusión de mi vida rota.

A vosotros, a todos los camaradas que le lloráis, os dedico un saludo fraternal y, en nombre de todas las víctimas del fascismo, en nombre de todos los militantes oscuros que han dado su vida por el triunfo de la Revolución, os digo: ¡Continuad! ¡Adelante, hasta la victoria definitiva!

EMILIENNE MORIN

DURRTI, DURANTE LA GUERRA

Hace quince años murió el gran anarquista mejicano RICARDO FLORES MAGON

DURRUTI, AL LLEGAR A MADRID

EL DIA 12 DE NOVIEMBRE DE 1936 FUE DE GRAN FIESTA. YA NO ESTABA MADRID SOLO CON SU TESON. *HABIA LLEGADO DURRUTI.* DURRUTI, EL SIMBOLO. DURRUTI, EL QUERIDO HERMANO DE LOS TRABAJADORES. PORQUE TODO MADRILEÑO, FRENTE AL FASCISMO, ERA, JUSTAMENTE, UN PROLETARIO. EL QUE DIGA LO CONTRARIO NO DICE LA VERDAD. POR MUY REPUBLICANO NADA MAS QUE UN MADRILEÑO FUESE, EN AQUELLOS MOMENTOS EL ENEMIGO DE CLASE LE HABIA ELEVADO A LA CLASE PROLETARIA. Y EL QUE DIGA LO CONTRARIO, MIENTE.

* * *

UNAS HORAS ANTES, LOS CAMARADAS CATALANES PASEARON POR NUESTRA GRAN VIA SUS FUSILES Y CARTUCHERAS REPLETAS DE MUNICIONES. LA VICTORIA, ERA YA COSA SEGURA. Y ASI, NUESTRO GRAN DIARIO "C. N. T." PUDO ESCRIBIR:

"El ataque desde Madrid barrerá la chusma internacional que combate a sus órdenes. Contamos con todo lo necesario para conseguirlo: artillería, aviación, tanques, ametralladoras, fusiles y munición en abundancia. Nuestras reservas de valores humanos son inagotables. Madrid cuenta con más de ochenta mil trabajadores dispuestos a ocupar los lugares que la muerte deje vacíos. Y ESTA CON NOSOTROS, A NUESTRO LADO, PARA COMBATIR, EL CAMARADA QUE NOS DIJO HACE DOS MESES: «GANAREMOS LA GUERRA, COMPAÑEROS».

El gran camarada era DURRUTI.

* * *

Después, el gran camarada murió. Pero esto ya es el romance. Inmortalizado el gran camarada en boca del pueblo, del que vino y al que fué por siempre. ¡QUE DURRUTI VIVE! VIVE EN LA DEFENSA DE MADRID, CUANDO NACIO PARA LA HISTORIA.

Jaime Espinar

Uno de sus escritos en "Regeneración", de diciembre 1912

La noche anterior habíamos reunido la pensada. Ya sabíamos no era vivir; los años menos habían sido tan insistentes al tan siguientes. Era necesario que aquella noche de una vez. El hombre que había estado encerrando en otra una semana antes, tenía rabia: los años más los destinatarios de los primeros bandidos que, con el pretexto de civilizarnos, habían llegado al uso de guerra, despojando de sus tierras a los indios, nos asaltaban, para encerrarlos en pueblos. ¡Y qué vida la que habían arrastrado por siglos! Tenían que roturarnos a sangre sudor y trifol agarrados, para un alimentadito. ¡Pelos que trabajaban tan fresnos y abundantes cosechas! ¿Es María una res en el campo? Eso era la dulce voz que probaban la mirar, carne hedionda y; pero que al amo no tenía pagar a precios de plazas altísimas. ¿Hombres conjurar hasta entre los cactus? El amo y los hijos del amo tenían el derecho de violarlas. ¿Protestaba algún peón? ¡Iba a dar cornada al diablo para debilitar el chiquero que le Circunlaba!

Hacía cuatro días que había pasado aquel un hombre que al se supo por días había llegado, al se supo después por dónde al cuando se había ido. Era joven; sus manos, duras y fuertes, no dejaban lugar a duda de que era un trabajador; pero, por el extraño fulgor de sus ojos, se decubría que algo arde tras de aquella frente, lastrada por la intemperie y curtida por una arruga que le daba el aire de hombre inteligente y reflexivo. Ese hombre les había hablado de esta manera: «Hermanos de miseria, levantad la frente. Somos seres humanos iguales a los demás seres humanos que habitan la tierra. Nuestro origen es común, y la tierra, esta vieja tierra que regamos con nuestro sudor, es nuestra madre común. Y, por lo mismo, tenemos el derecho de que nos alimente, nos dé la leña de sus bosques y el agua de sus fuentes a todos por distinción, con una sola condición: que la fecundemos y la cultivemos. Los que se dicen dueños de la tierra, son los descendientes de aquellos bandidos que, a sangre y fuego, la arrebataron a nuestros antepasados, hace cuatro siglos, cuando vuestros ancestros hacían de incendiarios, de matarnos al por mayor, de esclavizar salvajes que la Historia consigna con este nombre». Compañeros de Mejico. Esta tierra es nuestra, compañeros de cadenas; ¡también ella para nosotros y para todos nuestros descendientes».

Desde ese día no se hablaba de otra cosa entre la peonada que de tomar la tierra, quitársela a los amos de cualquier manera. La insistía era temerla, levantar para ello la decisión, lanzar a los amos normalmente y continuar los trabajos de la hacienda, libres ya de sanguijuelas. De ahí que aplazarla sería todo para los que trabajaban.

Donde entonces los amos notaron que los peones ya no se quitaban el sombrero en su presencia, y que había cierta dignidad firmeza en sus miradas; presintieron la catástrofe. Cuando el hombre levanta la frente, el sometido la abate. El espíritu de rebeldía, por tantos años dormido dentro de los rebaños pechos de los esclavos, había sido despertado por las elocuentes palabras del joven propagandista. En los lenguas se comentaban. Reunidos alrededor de la hombre, los campesinos y los mangoneados, hablando en voz baja, discutían las palabras del joven agitador. «Si, la tierra es nuestra madre común —decían—, y debe ser nuestra». «Pero, ¿cómo llegaremos a tenerla?, preguntaban los más irresolutos. «Los pedremos al Gobierno, aconsejaban los que pensaban por sensatez; pero los más jóvenes, y sobre todo las mujeres, protestaban contra esas resoluciones cobardes y estaban por emplear la violencia. «Recordad —decían los más exaltados— cuántas veces hemos pedido justicia o hemos protestado contra alguna infamia de nuestros amos, el Gobierno ha tomado las mujeres de nuestros hermanos para encerrarlas en los cuartelas y en los presidios». Y entonces, consultando su memoria, cada una de aquellas hombres y de aquellas mujeres expusieron ejemplos de esta naturaleza, que daban la razón a los exaltados. Se acordaban de Juan, que fué sacado de su jacal a altas horas de la noche y fusilado cuando apenas habían apaciguado medio legua de las exaltas, solamente porque no permitió al amo rubio abusar de su compañera. Los dejaron de amarrocha al recordar tantas infamias pasadas y al comprobarse los presentes. Un viejo dijo: «Tomé mi pierna y mi brazo militando bajo las órdenes de Madero, y aquí estoy, cargado de familia y sin saber si mañana tendré para que mis hijos tengan un pedazo de tortilla que llevarse a sus bocaditas». Otro dijo: «Hoy me ordenó el amo que matase las cinco gallinas que tengo en mi corralito, pues de lo contrario las tomará él para el corral de la hacienda». Otro más expuesto: «Ayer me dijo mi hija que el mayoral la ha amenazado con hacer que su padre me mande a presidio si no le entrega su cuerpo».

Conversaciones parecidas había en los demás jacales. Se hablaba de lo duro del trabajo y lo miserable de la paga, y, tirándose, se acercaban al fuego. Como pudieron, amoroseros tomar una resolución general. Esta se tomó a efecto por la noche, en una cañada cercana. El frío era intenso; pero aquella masa humana no lo sentía; el ansia de ser libres ardía en todos los pechos. Los «prudentes» abogaban tolerada por evitar una Comisión ante el Gobierno para que pidiera tierra para todos; pero enhorcos se levantaba un rosario formidable «No, no queremos tratar con nuestros verdugos. ¡Muera el Gobierno y mueran los ricos!» Y las mujeres, con los niños en brazos, hablaban del hombre y la desnudez que sufrían, por la cobardía de los hombres. «¡No más hambres, gritaban. «¡A tomar la hacienda!, volvían a gritar. Y los dueños se cernían amenazadores; los andrajos flotaban al aire como negras banderas de venganza. Los cantillos multiplicaban la intensidad de aquel formidable vocerío: «¡A la casa de la hacienda!», gritaron unas mujeres. Y emprendieron vertiginosa carrera hacia el caserío, de donde el viento traía el ladrido de los perros inquietos, como si adivinaran el grandioso acto de justicia social que pocos minutos después debería ser consumado.

A las mujeres siguieron los hombres, llegaron al caserío, tomaron sus azadones, sus palas, lo que pudieron; y siguieron, envueltos en la sombra, en carrera hacia la casa de la hacienda. Una descarga cerrada resolvió a los asaltantes; pero unos cuantos flechas «Hagamoslo», bien dirigidas, arrancaron la fortaleza de los burgueses en unos cuantos minutos, pereciendo en sus ruinas los descendientes de aquellos bandidos que, a sangre y fuego y cultivando virginidades, habían despojado de la tierra a los indios cuatro siglos antes.

Cuando los fulgores del incendio se dispersaron, una claridad como de pétalos de rosas, diluidos en leche, comenzó a aparecer por el Oriente: el sol surgió al día más brillante, más hermoso, como contento de iluminar las frentes de hombres libres, después de siglos de no alumbrar otra cosa que las frentes anledadas del rebaño humano.

Era digno de verse aquel gentío. Unos, se dedicaban a contar las cabezas de ganado; otros, hacían un recuento del número de seres humanos de la localidad; otros, inventariaban las tiendas y los graneros, y cuando el sol descendía por la tarde incendiando las nubes, cuando los pajarillos se refugiaban en las copas de los árboles, ya sabían todos con qué recursos contaba la comunidad, y ésta se había puesto de acuerdo para reanudar los trabajos por su propia cuenta y libres, para siempre, de amos.